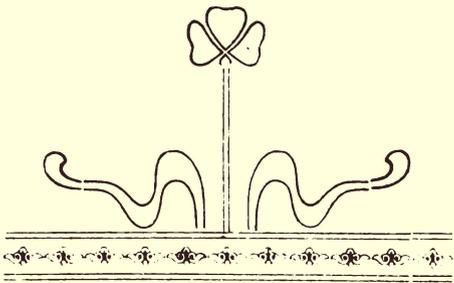


El Teatro Nacional

AÑO I.

Buenos Aires, 1º de Diciembre de 1910.

Volumen 5.



AL CAMPO DE MAYO



FRANCISCO E. COLLAZO

Sainete lirico-dramatico

en un acto y tres cuadros

ORIGINAL DE

FRANCISCO E. COLLAZO

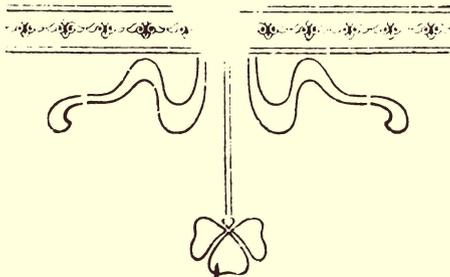
MUSICA DEL MAESTRO

ARTURO DE BASSI



Estrenado con gran éxito la noche del 29 de Octubre de 1910

en el TEATRO NACIONAL



Editor y Administrador: FRANCISCO HOSTENCH





EL TEATRO NACIONAL



REVISTA QUINCENAL

Dirección y Administración: Quiosco AVENIDA DE MAYO y SALTA

Preços de Subscripciones:

CAPITAL:		INTERIOR:	
1 Trimestre	\$ 0.80	1 Trimestre.....	\$ 1.00
1 Semestre	" 1.50	1 Semestre.....	" 1.80
1 Año	" 3.00	1 Año	" 3.50
Número suelto	" 0.10	Número suelto.....	" 0.10
Número atrasado	" 0.20	Número atrasado	" 0.30

Las subscripciones se cobran adelantadas

DISPONIBLE

Antiguo

Café FORNOS

SANDWICHS

LUNCH

BILLARES

ABIERTO DIA Y NOCHE

DE

Emilio Malcorra

Calle Lima 23

Buenos Aires

CENTRO COSMOPOLITA

DE COCINEROS Y MOZOS

Unión Telefónica 2844, Libertad
Cooperativa Telefónica 1812, Central

GERENTE:

F. FONT

AVISO

El Señor Aguadé
no pertenece más á este
centro

DISPONIBLE PARA AVISOS

Al Campo de Mayo

Sainete lírico-dramático

En un acto y tres cuadros

ORIGINAL DE

FRANCISCO E. COLLAZO

MUSICA DEL MAESTRO

ARTURO DE BASSI



Estrenado con gran éxito la noche del 29 de Octubre de 1910
en el TEATRO NACIONAL

Personajes;

	Mario	20 años	Sr. Mary
	Bruto Gil	22 „	„ Perdiguero
	El comisario	50 „	„ Coll
	El capitán	40 „	„ Gallego (R.)
	Cabo Santillan	35 „	„ Nava
	El auxiliar	35 „	„ Garza
	Sinforiana	50 „	Sra. Pérís
	Sinforoso	22 „	Sr. Nava
	Matilde	20 „	Sta. Alsina.
	El cabo		Sr. Costa
	Agente 1.		„ Castro
	Sargento Nuñez		„ Ochoa
	Soldado Ruiz		„ Castro
	Soldado 1.		„ Gorila
	Vendedora de empanadas 1		Sta. Panissi
	Vendedora de empanadas 2		„ Alsina
	Vendedora de empanadas 3		„ Notar

Agentes, soldados, etc.

La acción: el primer cuadro en la capital; segundo y tercero en el
Campo de Mayo — Epoca actual

Dos palabras

Pocas veces en nuestro teatro se habrá dado el caso de presenciar mayor número de incidencias que las que se originaron con motivo del estreno de la obra que nos ocupa.

Su autor, sin pretensiones de hacer teatro de tesis, se limitó sencillamente á tomar un caso de la vida real y llevarlo á la escena.

Todos los diarios de la capital, sin excepción, se ocuparon de la obra y fué el criterio de la prensa tan diverso respecto al valor teatral de "Al Campo de Mayo", que difícilmente hubo dos opiniones parecidas. Pero, ya sea que los órganos de publicidad la hayan buena, regular ó mala, lo cierto es que ninguno la atacó como anti-patriótica ni siquiera anti-militarista.

Hubo juicios hechos con toda maldad y comprendiéndolo así el señor Collazo, salió á la palestra á refutarlos, habiendo el público acogido con sincera simpatía su actitud.

En este estado de cosas, se le ocurre á un señor capitán G. publicar una carta en uno de nuestros diarios de la noche, pretendiendo hacer creer á los lectores, que la obra era un atentado al patriotismo, puesto que en ella se vilipendiaba al ejército. El autor en una bien sentida escrita carta, destruyó uno por uno los argumentos del protestante, quien con su silencio demostró sentirse derrotado.

Entretanto la obra seguía sosteniéndose en el cartel con gran contento de la empresa y del público que gustaba de ella, como lo prueba el hecho de que el martes 10. de Noviembre se representara la obra tres veces en el día.

Pero de pronto sucede algo inesperado. El sábado 12, cuando la citada producción alcanzaba su 20ª representación, se produce en el teatro un gran desorden, producido al parecer por un grupo de militares que habían concurrido á él en trajes de paisanos.

La mayoría de nuestros diarios imparciales, sobre todos aquellos que no se dejan influenciar por los alardes de patriotismo de una *patota* de patrioterros, censuraron energicamente el hecho. "El Nacional", "La Partia d'egli Italiani", "La Gaceta de Buenos Aires", "The Standard" y muchos otros, manifestaron su opinión en ese sentido.

La nota simpática de este movimiento, la dió el conocido escritor y autor teatral don Emilio Dupuy de Lome, con la publicación de una interesante carta-defensa de los derechos de los autores.

Ahora rogamos á nuestros lectores que lean detenidamente la obra que hoy ofrecemos á fin de que cada cual pueda formarse un juicio exacto sobre ella y pueda apreciar al mismo tiempo la injusticia que ha significado el atropello verificado por la antes nombrada *patota*, á la libertad de ideas, consagrada por nuestra carta fundamental.

CUADRO I

La escena, dividida en dos, representa á la izquierda, la sala de espera de una comisaría seccional; á la derecha, el despacho del comisario de la misma. En la sala y junto á las paredes, debe haber varios bancos de madera. En las paredes, cuadros demostrativos de los efectos del alcohol en el hombre. En el despacho de la derecha y en el fondo, un escritorio sobre el cual se ven libros, papel, tinta, lapiceras, etc... Junto al escritorio, un sillón y distribuidas convenientemente, varias sillas. Sobre el escritorio debe haber también un teléfono de mano.

El despacho y la sala de espera se comunican por medio de una puerta, además ambos tienen puertas laterales: la del despacho que da al interior de la comisaría; la de la sala que da á la calle.—Es de noche.

Al levantarse el telón, el auxiliar está sentado junto al escritorio. En la sala de espera, se hallan á su vez los vigilantes.

ESCENA PRIMERA

El auxiliar, el cabo, agentes

MUSICA

AGENTES — Somos los buenos agentes que vigilan la ciudad, procurando que las gentes vivan con tranquilidad. Protectores de los buenos somos del malo el terror, pero aquellos son los menos, hay que creerlo con dolor En Buenos Aires hoy día ha acrecido la maldad, al punto que alguien diría que es de indios la ciudad. Aquel que los diarios lea, ésto podrá comprobar, cuando leyéndolos, vea lo que vamos á anotar. Abundan los suicidios, infanticidios, hay muchos homicidios y uxoricidios. Hay quien es parricida, quien fratricida, no falta el regicida ni el bombicida. Abundan los ladrones, contravenciones; insubordinaciones hay á montones. No faltan los zafados,

mal educados,

ni aun los deslenguados que son multados.

Y siempre el buen vigilante enarbolando su pito (*tocan auxilio*) hace que en un momentito lo capturen al causante, Compañero del delincuente, volvemos á la parada para dar otra pitada (*tocan*) cuando sea conveniente.

HABLADO

CABO. — (*entrando por la izquierda*) Vamos á ver, ¡firmes!... (*Forman en hilera los agentes y permanecen firmes. El cabo saca un papel y lee los nombres de cada uno. Los agentes al ser llamados contestan: ¡presente!*) Está bien, no falta ninguno. La consigna es la misma de ayer. (*Elevando el tono de la voz*) Izquierda... ¡izquier!... De frente... ¡mar!... Un, dos, un, dos, un, dos, etc... (*Salen los agentes por la puerta que conduce á la calle. El cabo se supone que los acompaña hasta la puerta de calle, pues vuelve enseguida y se presenta ante el auxiliar, que ha estado leyendo hasta ese momento*). A la orden, mi auxiliar!

ESCENA SEGUNDA

Dichos, menos los agentes

AUX. — ¿Despachaste el tercio ya

CABO. — Sí, mi auxiliar.

AUX. — ¿No hay ninguna novedad?

CABO. — No, mi superior.

AUX. — El carro, ¿llegó ya?

CABO. — No, mi auxiliar; pero creo que no ha de tardar.

AUX. — Comprabaste la lista de los que deben ir?...

CABO. — Sí, mi superior; estaba bien.

AUX. — Esta bueno. Hacé que me cebem unos mates.

CABO. — Ya lo está preparando Doroteo.

AUX. — Andá y decile que se apure.

COABO. — Muy bien, mi auxiliar (*vase der.*)

AUX. — ¡Este servicio me revienta! ¡Maldito el día que me metí en la policía!... (*susna el timbre del teléfono, por lo que descuelga el tubo y lo aplica al oído*). ¡Hola!... no, no está... No sé á que hora vendrá... ¡Ah!... ¿es usted?... ¿Y qué le pasa?... ¿En qué sección?... Bueno, bueno, cuando vuelva su papá, le avisaré... ¡Ciao! (*deja el tubo*).

ESCENA TERCERA

El comisario, El auxiliar, un agente
(*Entra un agente por la derecha trayendo un*

mate que da el auxiliar. En el momento en que éste lo está tomando, aparece el comisario por la izquierda. El agente, con intervalos convenientes, traerá mates al despacho).

AUX. — ¡Ah, que casualidad! Recién acaba de hablar por teléfono su hijo, preguntando por usted.

COM. — *(dejando la galera sobre el escritorio).* ¿De dónde?

AUX. — De la primera. Parece que han armado un batifondo frente á lo de Luzio y el comisario no los quiere dejar ir.

COM. — ¡Hace bien! Este muchacho me va á sacar canas.

AUX. — Yo creo que debe pedirle á su colega que los suelte.

COM. — Y qué voy á hacer. Al fin y al cabo, es mi hijo. Llame á la primera, hágame el favor.

AUX. — *(Cómo no (llama). ¡Hola!... deme con la comisaría primera (cuelga el tubo).*

(Al rato, suena el timbre y el comisario toma el tubo).

COM. — ¡Hola!... ¿con quién hablo?... ¡Muy bien!... ¿no está Manuel?... Bueno, llámelo al aparato... ¡Hola! ¿cómo te va?... Sí, soy yo... Ya me contó el auxiliar... Bueno, mandámelo acompañado hasta aquí que voy á darle un reto soberano... ¡Hasta luego!... ¡Gracias!... *(cuelga el tubo).*

ESCENA CUARTA

Dichos y Agente I, Sinforoso, Sinforiana y Matilde

(Entra el Agente I, seguido de Sinforoso, Sinforiana y Matilde. El primero pasa al despacho, mientras los otros se sientan en los bancos de la sala de espera).

AG. I — ¿Con permiso, mi comisario?...

COM. — Adelante.

AG. I — Aquí traigo unos desordeados.

COM. — Hágalos pasar.

AG. I — *(al grupo)* A ver, pasen aquí.

(Entran todos al despacho).

COM. — *(al agente)* ¿Qué han hecho?

AG. I — Armar un batifondo bárbaro en un inquilinato de la calle Arenales.

COM. — ¿Cómo pasó?

SINFOROSO — Le ví á explicar mi cometido.

COM. — No le he preguntado nada á Vd.

SINFOROSO — ¡Ah!... créiba... como si que preguntaba cómo había sido...

SINFORIANA — Ya querías meter la pata; siempre ha de hablar aunque no lo llamen.

SINFOROSO — ¡Cállese doña... chismo...

SINFORIANA — No si no has de hablar primero.

SINFOROSO — Lo veremos.

COM. — ¡Silencio! ¿Qué se han creído que están en una casa de remates donde todo el mundo tiene derecho á hablar?...

SINFOROSO — ¡Ah!... créiba... ¡perdone!... Créiba que era una oficina pública.

COM. — ¡Creibas!... Es mejor que te saques el sombrero.

SINFOROSO — No puedo.

COM. — ¿Cómo que no podés?...

SINFOROSO — No, no puedo.

COM. — ¿Me vas á faltar al respeto?...

SINFOROSO — Nunca, mi comensario, pero no puedo sacarme el sombrero.

COM. — Vamos á ver, ¿por qué no podés sacártelo?

SINFOROSO — Sencillamente porque no es sombrero sino gorra *(se saca la gorra).*

COM. — ¿Venis en tren de chistes?...

SINFOROSO — No; vengo en tren... de pasajeros.

COM. — Bueno, callate. ¿Cómo fué, agente?

AG. I — Cuando yo llegue á los toques reglamentarios, encontré á esta señora prendida de los bigotes de este mozo, y á la niña...

SINFOROSO — Prendida'é mi saco, ¿no es eso?

AG. I — Eso es y yo no se nada más, mi comisario.

COM. — Bueno, retírese nomás.

AG. I — Con permiso... *(saluda y vase ísq.)*

SINFORIANA — Vea, comisario, este sinver...

SINFOROSO — Un momento, comadre, primero hablo yo.

SINFORIANA — No me parece. No te olvides que la mujer es primera en todo.

SINFOROSO — Eso era antes, pero ahora... ¡cualquier yurno te regalo un fasoleto!...

SINFORIANA — Vamos á ver quien habla primero.

SINFOROSO — ¡Lo veremos! ¡Intervenga, comisario!...

COM. — Van á hacerme el favor de callarse un momento?...

SINFOROSO — Sí, señor, pero como usted ha visto por lo que declaró el agente, yo soy el ofendido porque esta "dignísima" señora estaba prendida'é mis bigotes cuando tomó intervención el inferior de usía.

COM. — Bueno, hablá, ¿cómo fué?

SINFOROSO — Resulta que yo, como muchacho pierna que soy, bailarín con corte á la *dernière*, payador á lo Gabino y aflador como cartero en época'é navidá, logré cautivar con mis hechizos á la hija d'esta... señora aquí presente y resolvimos retribuirnos nuestros

afectos y harerle á la vieja la gran pera' el centenario.

SINFORIANA — ¡Y entuavía lo decís, calla!...

SINFOROSO — Un momento, señora... (Cuando un burro... fuma, el otro escupe!... Esta noche, como'é costumbre, me había colao al patio el conventillo y estaba pelando la pava de mis amores con ella, cuando, ¡zás!... cae la vieja y sin previo aviso, se me prende' é los bigotes como tijera' é rizar!

SINFORIANA — (No habértelos arrancao).

SINFOROSO — Yo, naturalmente, quise hacer respetar mi dinidá, y le encajé á la vieja un bife que ni en lo'é Ferrari se lo dan mejor!...

COM. — Y no sabés vos que es una cobardía pegarle á una mujer?...

SINFOROSO — ¡Cobardía!... Avise, eso era antes, cuando el llamado sexo débil era en realidad débil, pero ahora... ¡cualquier yurro te regalo un fasoletto!

COM. — Bueno, seguí contando.

SINFOROSO — La vieja, como era'é esperarse, al ver que yo no era manco y que no m'iba á poner d'espaldá en dos tirones... agarró una espumadera y me la tiró por la cabeza.

AUX. — ¿Y le pegó?

SINFOROSO — Sí, á un gringo zapatero que l'estaba poniendo unas media-suelas á unos botines viejos.

COM. — ¿Y dónde está el gringo?

SINFOROSO — En l'asistencia... sabrán darle razón d'él.

COM. — ¡Cómo!... está herido?

SINFORIANA — Un rasguñón, señor comisario, no es nada...

SINFOROSO — Como un rasguñón?... Si le ha partido en dos la nariz.

COM. — ¡Caramba!... Y ese agente que no ha visto nada. Y usted, señora, ¿qué dice á todo esto?

SINFORIANA — Que cualquiera en mi caso hubiera hecho lo mismo.

COM. — Está bueno, y usted, ¿qué dice, jovencita?

MATILDE — ¡Yo?... Que hace mucho calor.

COM. — No; digo qué dice de lo que ha pasado?...

MATILDE — ¡Ah!... que hay que arreglarlo.

AUX. — Lo que es la nariz del gringo, va á ser difícil.

SINFOROSO — Y sería de sentir que no pudieran componérsela.

AUX. — ¿Por qué?

SINFOROSO — Porque le va ocasionar muchos trastornos tener que atender á dos narices cuando esté resfriado.

COM. — Bueno. Van á tener que pasar el otro cuarto, hasta que reciba noticias de la Asistencia y pueda resolver el caso.

SINFOROSO — Pero comisario, á mí podría largarme... y á la muchacha también.

SINFORIANA — Sí, como no. Lo que podés hacer es ir pensando en los cincuenta que vas á largar por fallarle á una mujer.

SINFOROSO — Cincuenta pesos por Vd!... ¡no me parece, Sobral, que los pengüines coman manises!...

COM. — ¡Bueno, basta ya! (llamando) ¡Cábo!

CABO — (entrando por la derecha). ¡Ordene!

COM. — Acompañe á los señores hasta la otra sala.

SINFOROSO — Y vaya pasando unos mates para no aburrirnos.

CABO — ¡Cómo no, ya están calentando el agua! (con ironía).

SINFOROSO — (á Matilde) Pa que nosotros tomemos mate, mi ricura.

SINFORIANA — Ché, toma mate con la madrina.

CABO — Bueno, pasen de una vez! (Vanse todos por la derecha, quedando solamente el comisario en el despacho y Bruto Père Gil en la salita. Este ha entrado á finalizar la escena anterior).

ESCENA QUINTA

El comisario y Bruto Père Gil

COM. — (Viendo á Bruto) — ¡Adelante! BRUTO. — Estaba esperando turno para presentarme.

COM. — ¿Por qué lo han traído?

BRUTO. — Dispense señor oficial.

COM. — Comisario...

BRUTO. — Ah, ¿es Vd. el comisario?

COM. — Para servirlo.

BRUTO. — Bueno, hágame servir un refresco.

COM. — Sí ché, ¿con papita lo quiere?

BRUTO. — Bueno... Usted seguramente no me conoce, ¿no es verdad?

COM. — No tengo el gusto.

BRUTO. — Vea lo que son las cosas, ¡tampoco lo conozco á Vd.

COM. — (ap.) — ¡Qué tipo más original! ¿Y á qué ha venido Vd. á aquí?

BRUTO. — Eso mismo digo yo, ¿á qué ha venido?...

COM. — Bueno amigo, yo no puedo perder tiempo. (Se levanta).

BRUTO. — Un momento señor, ahora recuerdo... Yo me encuentro sin trabajo y...

COM. — Perdona, aquí no damos limosnas.

BRUTO. — Se equivoca, aquí se da limosna en abundancia.

COM. — ¿Cómo es eso?

BRUTO. — ¿No comen y duermen aquí tipos que ustedes no conocen y que sin embargo no pagan nada por el alojamiento?...

COM. — Sí, es verdad, pero esos más vale que no entraran.

BRUTO. — Pues ya ve usted lo que son las cosas, como yo me encuentro sin trabajo y con mucha hambre, he pensado cometer cualquier delito para tener siquiera donde dormir y comer...

COM. — ¿Y?...

BRUTO. — Que no contaba con una cosa importantísima y que me echa á perder todo el proyecto.

COM. — ¿Cuál?

BRUTO. — Que yo soy muy corto señor comisario y...

CORTO. — ¿Corto!... Hombre lo que le sobra es estatura.

BRUTO. — Nó, si digo que soy muy corto de genio, que soy muy tímido y que por lo tanto, no podré cometer ningún delito, (*arrodiándose*). Por eso he venido señor comisario á rogarle que haga usted el favor de culparme de cualquier robo ó asesinato, que yo se lo agradeceré toda la vida.

COM. — Eso es imposible amigo.

BRUTO. — ¿Imposible?... ¡Imposible es vivir sin comer señor comisario!

COM. — (ap.) — ¿Qué caso más curioso!

BRUTO. — (*parándose*). — Vea señor, se me ocurre una idea.

COM. — A ver.

BRUTO. — ¿Por qué no me dá una plaza de agente?...

COM. — No es posible. No hay ninguna vacante y además se requiere para ello, un carácter que Vd. por desgracia, parece no tener.

BRUTO. — La culpa la tuvo mi mamá.

COM. — ¿Por?...

BRUTO. — Porque desde chico, en lugar de hacerme ir con los hombres, me mandaba con las mujeres á todas partes, por eso los muchachos siempre me gritaban cuando me veían: ¡mujerengol... ¡Pucha, que me hacían dar estrilo!... Después, en lugar de hacerme aprender algún oficio, me enseñaba á lavar pisos, á planchar, á cocinar... ¿qué me cuenta de esto señor comisario?... Y es claro, llegué á los veinte años no sabía hacer nada para ganarme la vida, á no ser que me pusiera de planchadora.

COM. — ¡Es curioso!

BRUTO. — Y mire si seré de desgraciado. Cuando sortearon á mi clase, salí libre. ¿Qué me cuenta de esto señor comisario?

COM. — (ap.) — ¡Qué idea! Dígame, ¿es verdad todo lo que usted me ha dicho?

BRUTO. — Verdad sacrosanta. Yo no se mentir. Mi mamá no quería.

COM. — Bueno, ya tengo donde enviarlo para que no le falte nada.

BRUTO. — ¿Deveras señor comisario?... ¡Qué bolada!... ¿Y dónde me piensa mandar?

COM. — A un cuartel. Le haré enganchar por dos años. Le darán comida, " plata.

BRUTO. — ¡Plata!... ¿Me van á dar níqueles?

COM. — Le darán más, le darán ciento cincuenta pesos al año.

BRUTO. — ¡Ciento cincuenta pesos!... ¡Pucha, cuantos pares de medias me voy á comprar!

COM. — No le harán falta se las darán en el cuartel.

BRUTO. — Entonces, le voy á comprar muchas coronas á mi mamá.

COM. — Con una basta, lo demás lo guarda para cuando termine su contrata de soldado y no tenga que andar pidiendo, como ahora, para comer.

BRUTO. — ¿Y cuando me va á mandar?

COM. — Hoy mismo, pero antes va á tener que darme unos informes.

BRUTO. — Yo no tengo señor.

COM. — No hombre, va á tener que contestar á unas preguntas que le voy á hacer.

BRUTO. — Las que guste.

COM. — (*disponiéndose á escribir*). — ¿Cómo te llamas?

BRUTO. — Bruto.

COM. — ¿Eh?...

BRUTO. — Si señor, ese es mi nombre, me lo puso mi mamá, acordándose de aquel Bruto que mató á César.

COM. — Pero supongo que vos no habrás matado á ninguno.

BRUTO. — ¿Y cómo le vá!...

COM. — ¿Eh?...

BRUTO. — Si señor comisario, he matado á una punta. Ultimamente al almacenero de la esquina de mi casa... lo maté en cinco pesos!

COM. — (*tranquilizándose*) — ¡Ah!... ¿Y tu apellido?

BRUTO. — Gil.

COM. — Bruto Gil, es un nombre apropiado para vos.

BRUTO. — Si señor, no es el primero que me lo dice.

COM. — ¿Cuántos años tenés?

BRUTO. — Cuando murió mi mama tenía veinte...

COM. — ¿Y cuándo murió tu mama?

BRUTO. — Cuando acabó de vivir.

COM. — Digo, cuanto tiempo hace.

BRUTO. — Yo no me acuerdo. ¡Ah, sí, murió un lunes que llovía!

COM. — Con eso no hacemos nada. Trátá de recordar.

BRUTO. — Ah, espérese, fué para semana santa.

COM. — ¿De este año?

BRUTO. — Nó, del otro.

COM. — Bueno, edad: 22 años.

BRUTO. — Eso es.

COM. — ¡Cómo!... ¿lo sabías?

BRUTO. — ¡Es ciao! ¿Quién no lo sabe?...

COM. — ¿Y por qué no lo dijiste?

BRUTO. — Si usted no me dejó. Le estaba diciendo: "Cuando murió mi mama tenía veinte"... y usted no me dejó acabar.

COM. — Bueno, adelante. ¿Qué profesión tenés?

BRUTO. — Póngale periodista.

COM. — ¡Cómo!... ¿sabés escribir?

BRUTO. — No señor, pero no hace falta.

COM. — ¡Cómo hombre!... ¿Periodista sin saber escribir?...

BRUTO. — ¡Hay tantos!... Además que yo lo he sido.

COM. — ¿De qué diario?

BRUTO. — De todos. Tenía un kiosco en la Avenida.

COM. — ¿Tuyo?

BRUTO. — ¡Qué esperanza!

COM. — Bueno, "Bruto Gil, 22 años, vendedor de diarios"...

BRUTO. — Y revistas...

COM. — Hijo de... ¿cómo se llama tú papá?

BRUTO. — Cadáver.

COM. — ¿Cómo?...

BRUTO. — Si señor, porque murió. Cuando vivía se llamaba Luis Pére.

COM. — ¿Pérez?

BRUTO. — Nó, Pére sin la z.

COM. — ¿Y cómo es que él era Pére y vos sos Gil?

BRUTO. — Porque yo era hijo natural de él y no quiso reconocermé.

COM. — ¿Por qué?

BRUTO. — Porque decía que yo tenía cara

de otario. ¡Era un canalla, la engañó á mi mama!

COM. — ¿Y tu madre?

BRUTO. — ¿Y la suya?

COM. — Digo, como se llamaba.

BRUTO. — ¡Ah!, Lucía Gil.

COM. — Así que tu nombre debía ser...

BRUTO. — Bruto Pére Gil y en cambio es Bruto Gil. Queda mejor.

COM. — (*terminando de escribir*). — Bueno, aquí tenés ésta nota, con ella te presentás al jefe del 38 de caballería que está en el Campo de Mayo. Allí te harán firmar el contrato de enganche y ¡qué Dios te ayude!

BRUTO. — ¿Se llama Dios el jefe?...

COM. — ¡No hombre, que se va á llamar!...

BRUTO. — No sería nada de extraño, porque yo conocí á uno que se llamaba Roberto el Diablo. Bueno adiós señor comisario. (*Saluda*). Siempre me acordaré de Vd. (*Váse hacia la izquierda*).

COM. — ¡Cabo!... Déjelo salir.

(*Al salir Bruto Gil, se encuentra con Mario que entra. Lo saluda sacándose el sombrero y váse. Mario entra al despacho del comisario*).

ESCENA SEXTA

El comisario y Mario

COM. — (*Viendo á Mario*). — Vení para acá sinvergüenza. ¿Es esa la manera de oír los consejos que te he dado?... ¿Ya te has olvidado lo que te dije anteanoche?... ¿Te has olvidado también que te prometí que te iba á meter en un calabozo en cuanto volvieras á manchar mi nombre con actos indignos de un hijo mío?...

MARIO. — (*Completamente ébrio*). — No papá... es qué...

COM. — Ya sé lo que vas á decirme: que te encontraste con unos amigos, que te convidaron á tomar, que la bebida te hizo mal... ¿Acaso sós un nene para que te obliguen á tomar?

MARIO. — Nó, pero los amigos...

COM. — Sí, lo sé; los amigos son los que te echan á perder. A ver, cuente todo como ha sido, para saber á que atenerme.

MARIO. — Resuelta que al salir de lo de Luzio, tomamos un coche y los muchachos me pidieron que manejara. Yo entónces, subí al pescante, pero el cochero que era un grévano infeliz y no sabía con quien trataba, se opuso y... ¡es claro!, los muchachos al ver la impertinencia del áuriga, se la dieron!...

COM. — Lo han herido. ¿Y no tienen vergüenza aprovecharse así de un infeliz?

MARIO. — ¿Y por qué no me dejé manejar?...

COM. — ¡Porque ese era su deber!

MARIO. — (*Sentándose*). — Bueno, yo no le hice nada; fue Suárez que le dió un empujón y lo bajó del pescante... Yo entonces, castigué los tungos y salimos á la disparada, hasta que en Corrientes nos atajó un caballo compadrón... ¡Casi se la liga también!...

COM. — Era lo único que faltaba. Y ahora decime, ¿para qué subiste al pescante vos?

MARIO. — Para manejar.

COM. — ¿Pensás trabajar de cochero?...

MARIO. — ¡Quién sabe!... ¡La vida es tan larga!... El mundo dá tantas vueltas... Quién le dice que mañana no me encuentre sin un cobre y tenga que sacar libreta de cochero?... Además, ¿qué es la vida sino un vehículo?... Hay que saberlo manejar, hay que saber conservar la izquierda, saber seguir la huella buena, evitar los pozos y no meterse en los pantanos. Y eso es lo que yo quiero aprender, porque, créame, cuando uno no sabe manejar el carro de su vida y sale de un pozo para meterse en otro, pronto se le rompe algún elástico y hay que llevarlo á componer. ¡Gracias á Dios que no faltan hospitales!...

COM. — Así que vos creés...

MARIO. — Sí papá, que la vida es un carrito... Bueno, para los ricos es un coche, para los pobres, carrito... En fin, que la vida es un vehículo y que hay que aprender á manejarlo de joven para saber conducirlo á una edad conveniente y que es mejor, meterse en los pozos cuando el vehículo es nuevo y puede resistir á las sacudidas del mal camino y no cuando es viejo y que, al primer barquinazo, se le parte el eje...

COM. — Y decime, ¿cuándo el vehículo se para en una comisaría?

MARIO. — ¡Ah!, es que ha caído en un pozo ciego.

COM. — Bueno, te he estado escuchando con calma y créeme que me dás vergüenza y ahora para que alguna vez la sientas tu también, te voy á hacer pasar la noche en un calabozo oscuro y frío, para que te refresque las ideas y empieces á conocer las delicias á que te ha conducido tu vehículo al caer en un pozo ciego.

MARIO. — (*Levantándose*). — ¡Qué!... ¿Qué va á hacer papá?

COM. — ¡Cállese sin vergüenza!... (*llamando*). ¡A ver, cabo!

ESCENA ULTIMA

Dichos, el cabo, luego el auxiliar y agentes

CABO. — (*Entrando por la derecha*). — ¡Ordene!

COM. — Conduzca á ese señor al peor calabozo que haya.

MARIO. — Papá, no se olvide que soy su hijo.

COM. — Eso mismo te decía yo: "no olvides que sos mi hijo y me estás deshonrando"... ¡A ver cabo, cumpla la orden!

CABO. — Yo señor...

COM. — ¿Qué?... ¡Haga lo que le mando!

MARIO. — (*Revelándose*). — Será si puede. Que se ha creído que conmigo va á hacer lo que hace con esa punta de infelices que se dejan dominar por sus gritos?...

COM. — ¿Qué hace cabo?... ¿No vé que me está faltando?... ¡Póngales las cadenas si se resiste!...

MARIO. — (*Agarrando una silla*). — Al primero que se acerque le rompo el mate de un sillazo!

COM. — Pida auxilio, cabo.

(El cabo toca auxilio, apareciendo en seguida el auxiliar y varios agentes por la derecha).

AUX. — ¿Qué pasa?

COM. — (*A los agentes*). — A ver, prendan á ese hombre! (*cumplen la orden*). Y ahora, llévenlo á la cuadra y péguenle unos azotes por haberse resistido é insubordinado...

AUX. — Señor, es su hijo...

COM. — ¡Qué hijo ni qué berenjenas!... ¡Un comisario no debe tener hijos para el cumplimiento de sus deberes!... ¡Llévenlo!

AUX. — Perdónelo señor.

COM. — ¡La ley no perdona á los culpables: los castiga!...

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

(Telón corto figurando uno de los corredores de un cuartel. Es al amanecer. La orquesta ejecuta música descriptiva, seguida de un estilo, cantado en lontananza. De día ya, empiezan á entrar los conscriptos y el cabo Santillán. Los primeros traen dos bancos largos que dejan en escena, sentándose en ellos).

ESCENA PRIMERA

El sargento Núñez, El cabo Santillán, Bruto Pére Gil y soldados.

SARG. — (*Entrando por la derecha seguido de Bruto.*) ¡Cabo Santillán!

CABO. — (*Saludando.*) ¡Ordene mi sargento!

SARG. — Anote en su sección al soldado Bruto Gil y póngalo al corriente de sus principales deberes.

C. SANT. — ¡Muy bien mi sargento! (*Váse el sargento.*) A ver, señor Gil, avance dos pasos al frente.

BRUTO. — ¿Al frente mío ó al suyo?

C. SANT. — ¡Qué bruto!

BRUTO. — Sí señor, Bruto Gil, para servir á Dios y á la Patria.

C. SANT. — Pues empieze por servir á la patria, que á Dios lo servirá después.

BRUTO. — Bueno.

C. SANT. — Dígame, ¿sabe leer y escribir?

BRUTO. — Leer no, pero escribir sí.

C. SANT. — ¿Cómo es eso?

BRUTO. — Porque yo soy como las máquinas de escribir: saben escribir pero no leer.

C. SANT. — ¡Qué animal!

BRUTO. — ¿Quién?

C. SANT. — Vd. hombre.

BRUTO. — Tiene razón.

C. SANT. — Bueno, siéntese por ahí. Estamos en academia. Prieste atención pa responder á las preguntas que despues le vía hacer.

BRUTO. — Largue el rollo nomás.

C. SANT. — ¿Cómo es eso?

BRUTO. — ¿El qué, el rollo?... ¡De papel!...

C. SANT. — Digo, que manera es esa de contestar.

BRUTO. — ¡Ah!... ¡A la criolla!

C. SANT. — Bueno, como les iba diciendo ayer, el soldado de caballería se diferencia del de infantería en que va á caballo en lugar de ir á pie y además en las armas. El de infantería usa la carabina, el sable y la lanza. Vamos á ver soldado Ruiz, ¿en qué se diferencia el soldado de caballería del de infantería.

RUIZ. — En qué... en qué...

C. SANT. — Parece mentira... Lo vía dejar sin salida el domingo por no prestar atención.

RUIZ. — Ya me reventó el cabo y no voy á poder ver á mi Luisa este domingo.

C. SANT. — Apuesto á que el soldado Gil que recién acaba de entrar al cuartel, sabe bien lo que le he preguntado.

BRUTO. — (*Ap.*) — A que no.

C. SANT. — A ver soldado Gil, conteste á lo que le pregunté á Ruiz.

BRUTO. — (*Parándose.*) — El soldado de caballería se diferencia del de á pie...

C. SANT. — Del de infantería...

BRUTO. — Del de infantería, en que es como los bifes con dos huevos...

VARIOS. — ¡Ja, ja, ja!... (*Rien.*)

BRUTO. — ¿De que se ríen otarios?

C. SANT. — ¡Silencio!... ¿Qué dice usted?...

BRUTO. — ¿Y acaso no está bien?... Los bifes con dos huevos son bifes á caballo y el soldado de caballería también.

C. SANT. — Muy bien soldado Gil, ¿qué más?...

BRUTO. — Además se diferencia en las armas, porque los de infantería usan el machete y la escopeta...

C. SANT. — El mauser...

BRUTO. — Bueno, el mauser y el machete, mientras que los bifes á caballo...

C. SANT. — ¿Cómo los bifes?...

BRUTO. — Quiero decir, los soldados de caballería, usan la carabina de Ambrosio, el pecho y las varas!...

C. SANT. — Pero, ¿qué está diciendo?

BRUTO. — Lo mismo que usted me enseñó. (*ap.*) Ya me está dando estrilo!

C. SANT. — No hombre, yo le he dicho: la carabina sola y no la carabina de Ambrosio.

BRUTO. — Es que mi mama siempre decía la carabina de Ambrosio.

C. SANT. — Bueno, la carabina, el sable y no el pecho como ha dicho usted...

BRUTO. — ¿Y no es lo mismo?

C. SANT. — ¡Cómo va á ser lo mismo!

BRUTO. — Es claro; el sable, ¿para qué sirve?

C. SANT. — Para dar sablazos.

BRUTO. — Y bueno, el pecho para dar pechazos. Pechazo y sablazo me parece que es lo mismo.

C. SANT. — ¡Ya veo que es un imbécil!...

BRUTO. — ¡Dios le conserve la vista!

C. SANT. — ¿Por qué?

BRUTO. — ¡Porque sus narices no son muy apropiadas para usar anteojos!

C. SANT. — Bueno, más seriedad aquí. ¿Cuál es la otra arma?

BRUTO. — ¡Ah, las varas!

C. SANT. — ¿Cómo las varas?... Yo le he dicho la lanza.

BRUTO. — Si fuera para dos caballos, sería lanza, pero usted dijo que el soldado tenía uno solo y entonces hay que atarlo en las varas.

VARIOS. — ¡Ja, ja, ja!... ¡Qué bárbaro!...

(Se oye un toque de clarín).

C. SANT. — Bueno, terminó la academia.

BRUTO. — ¿Me puedo ir?

C. SANT. — ¿A dónde?

BRUTO. — A mi casa.

C. SANT. — Su casa es el cuartel. Paséese con los demás soldados hasta que oiga tocar rancho.

BRUTO. — ¿Es un tango nuevo ese?

C. SANT. — No hombre, es un toque de corneta que avisa á los soldados que vayan á comer. *(Váase el cabo Santillán por la izq.*

BRUTO. — *(Se queda pensativo).* Un toque de corneta... Cuando Garibaldi tocaba la corneta...

RUIZ. — ¡Muchachos, muchachos, ahí vienen las chinas de las empanadas!...

ESCENA SEGUNDA

Bruto Gil, soldados, vendedoras de empanadas.

MUSICA

VEND. — Aquí están las empanadas bien hechas y calientes, esperando por los dientes ser muy pronto masticadas. De dulce y de carne son y gustan á los soldados que les dán grandes bocados sin tenerles compasión.

SOLD. — Ellas son de los cuarteles el placer y la alegría y muy triste esto sería sin comer ricos pasteles.

VEND. — Ya que son de rechupete éstas ricas empanadas, háganles unas quebradas al compás de éste tanguete.

(Bailan).

BRUTO — Yo no tengo compañera; ¡pucha que soy desgraciado! pero de cualquier manera, yo no me quedo parado.

(Baila solo).

TODOS — Ay que lindo este tanguito como hace entrar en calor, y nos deja bien blandito

el corazón pa el amor!

(Siguen bailando. De pronto se oye un toque de clarín y suspenden el baile).

BRUTO. — ¡Firmes!... Media vuelta para allá... ¡ya!... Paso tangueteado... ¡Tangó!...

(Rompen á bailar de nuevo y hacen mitás por la derecha).

MUTACION

CUADRO TERCERO

(La escena representa el patio de un cuartel. A la izquierda, la puerta de entrada, al lado de la cual hay una garita de centinela. A la derecha y en segundo término, edificio destinado al cuerpo de guardia. Al foro, telón de campo. En el centro de la escena, dos bancos largos. El edificio del cuerpo de guardia debe ser practicable. Al levantarse el telón, Bruto, acostado boca abajo, sobre el banco, se entretiene en hacer versos, escribiéndolos en un papel. Mario, sentado en el otro banco, limpia con papel de esmeril, la vaina de un sable. Es á la hora de la siesta).

ESCENA PRIMERA

Bruto y Mario, luego Capitán

BRUTO. — *(Leyendo lo que ha escrito).* — “No hay vida más linda, vidalita, que la del soldado... Siempre trabajando, vidalita, y comiendo mal”... Diga, ¿le gustan estas vidalitas?... Las he compuesto yo.

MARIO. — Vos siempre estás alegre. Te envidio el carácter.

BRUTO. — ¿Y que quiere que haga?... Cada uno es como es. Todos dicen que yo soy un otario y yo no me enojo. Soy feliz. Ya ve si fuera un hombre vivo como usted, tal vez estaría triste. En cambio, siempre estoy contento. Mire, me río... hasta de los que se ríen de mí. *(Cantando).* No hay vida más linda, vidalita... etc...

MARIO. — Yo sí que no me río. Antes era como vos. Me reía de todo, pero ahora... ahora empiezo á saber lo que es la verdadera vida... Ah, mi padre!...

BRUTO — Su papá es muy bueno. Sino fuera por él, todavía andaría yo por esas calles de Buenos Aires, comiendo con la vista en la vidrieras y durmiendo en los bancos de las plazas. ¿Sabe lo que estaba pensando?

MARIO — No.

BRUTO — Pensaba que si no hubiera plazas, los atorrantes serían muy desgraciados.

MARIO — Se te ocurre cada cosa (*deja el sable*).

BRUTO — Qué quiere Don Mario, aquí se acostumbra tanto uno al trabajo, que cuando llega el momento del descanso, empieza á trabajar la imaginación y piensa uno cada cosa más rara...

MARIO — Cuidado, ahí viene el capitán (*parándose y poniendo firme*). Firmes!...

BRUTO — (*Haciendo lo mismo, ap.*) Pucha que me revienta ésto de ponerse firme á cada rato!

CAUITAN — ¿Que hacen aquí? (*saliendo der.*)

BRUTO — Limpiando el sable mi capitán.

CAP. — ¿Y usted?

MARIO — Nada mi capitán, no tengo nada que hacer.

CAP. — El buen soldado siempre tiene algo que hacer. ¿Como es que está este suelo tan sucio?

BRUTO — No lo habrán limpiado.

CAP. — A usted no le pregunto. (*á Mario*) A ver usted que *no tiene nada que hacer*, agarre una escoba y barra bien aquí.

MARIO — Yo no soy cuartelero mi capitán.

CAP. — No le he preguntado nada (*impetioso*) ¡Haga lo que le digo!

MARIO — Está bien mi capitán.

CAP. — (*Viendo que Mario no está bien cuadrado*) ¿Esa es la manera de estar ante un superior?... ¡Cuádrese bien para hablarme!...

BRUTO — (*ap.*) ¿Cómo se va á cuadrar?...

CAP. — ¡Cállese Bruto!

BRUTO — Gil.

CAP. — ¿Que dice Bruto?

BRUTO — Gil.

CAP. — ¿Me va á faltar al respeto?

BRUTO — No mi capitán, quiero decir que me llamo Bruto Gil.

CAP. — ¡Que nombre estúpido!

BRUTO — No, estúpido no me llamo.

CAP. — ¡Cállese! (*va á retirarse, cuando lo detiene de nuevo Bruto*).

BRUTO — ¡Ah, mi capitán!

CAP. — ¿Qué quiere?

BRUTO — Quería pedirle permiso!.

CAP. — ¿No sabe todavía sus deberes? (*Mario entra á la guardia y vuelve enseguida con una escoba*).

BRUTO — Sí, mi capitán. "El soldado debe obediencia á sus superiores"...

CAP. — No, no es eso. ¿No le han enseñado que para hablar conmigo, tiene antes que recorrer todo el escalafón?

BRUTO — No sabía...

CAP. — Bueno aprenda. (*á Mario que está barrienda*) Y usted no deje de tener bien limpio el patio para cuando yo vuelva. (*váse por la derecha*).

BRUTO — (*pensativo*) ¡Escalafón!... No sabía ni sé todavía lo que es... ¡Escalafón!... Será algún instrumento de música... Diga Don Mario, ¿usted sabe lo que me dijo el capitán?

MARIO — Quiso decirte que para hablarlo, tenés antes que pedirles permiso á todos los inferiores de él.

BRUTO — No entiendo.

MARIO — Por ejemplo, tenés que presentarte al cabo y pedirle permiso para hablar con el sargento, á éste luego para hablar con el sargento primero, y así sucesivamente hasta llegar al capitán... Es que éstos tipos son tan autoritarios y gastan tan pocas palabras, que todo aquí, hay que adivinarlo. ¡Ah, mi libertad!... (*sentándose*).

BRUTO — Usted tuvo la culpa de perderla. Si no hubiera sido tan desobediente con su papá no tendría que estar ahora como está.

MARIO — Demasiado que lo sé. Ahora recién me doy cuenta de todo mi pasado informal. Ahora me estoy dando cuenta de lo mal empleados que han sido los años de mi vida. ¡Cuanta razón tenias padre mío!

BRUTO — Bueno, yo lo dejo, Don Mario.

MARIO — ¿Donde vás?

BRUTO — Voy á recorrer el escalafón. (*váse por la derecha*).

MARIO — ¡Cuanta humillación!... ¡Cuanta vergüenza!

ESCENA SEGUNDA

Mario, el capitán y Cabo Sant

CAP. — (*entrando por la derecha*) ¡Eh!... ¿que hace usted ahí?

MARIO — Nada mi capitán, estaba pensando...

CAP. — ¿Y esa es la forma de cumplir la orden que le he dado?

MARIO — Yo señor...

CAP. — ¿Qué señor?... ¡aquí no hay señor que valga!... (*llamando*) ¡Cabo de cuarto!

CABO — (*saliendo del cuarto de guardia y cuadrándose al mismo tiempo que saluda, delante del capitán*) ¡Ordene mi capitán!

CAP. — Dos horas de plantón á este soldado por desobedecer mis órdenes y privado de salida este domingo.

CABO — ¡Muy bién mi capitán!... ¡Las debe cumplir ahora las dos horas!

CAP. — No, luego, al toque de silencio. Ahora, hágale barrer todos los patios y galerías del cuartel.

CABO — Muy bien mi capitán. (*se retira*).

CAP. — ¡Yo les voy á rebajar el orgullo á todos estos mequetrefes!

MARIO — Perdóneme mi capitán. Usted tiene los derechos al castigarme por el nó cumplimiento de mis deberes, pero ni su uniforme ni sus galones le dan el derecho de insultarme.

CAP. — —¡Habrás visto tipo igual! ¿Usted no sabe que por esa contestación le puedo imponer un mes de arresto?...

MARIO — Lo que se es todo lo contrario mi capitán.

CAP. — ¡Cómo!...

MARIO — Que ya no son los tiempos de antes, en que un superior abusaba de la situación de sus inferiores, con la mayor impasibilidad. Hoy ya no es lo mismo. La civilización avanza y ha penetrado hasta en los cuarteles, cosa que parecía imposible hasta hace poco tiempo.

CAP. — ¿Que quiere decirme con eso?

MARIO — Que conozco mis derechos tan bien como mis deberes y que si usted piensa ensañarse conmigo, valido de su superioridad, cumpliré con resignación mi castigo injusto y cuando haya terminado de cumplirlo, pediré justicia contra su injusticia.

CAP. — ¡Ah, sí... ¡Está bien!... (*cambiando de tono*) Vámos á ver, por que le faltan los botones á su chaquetilla?

MARIO — Porque no tuve tiempo para pegarlos.

CAP. — ¿Y el número de su gorra?

MARIO — Se me ha caído.

CAP. — ¡Muy bien!... (*llamando*) ¡Cabo!

CABO — (*acercándose*) ¡Ordene!

CAP. — En vez de las dos horas que le había impuesto como castigo á este soldado, le pone euatro horas durante ocho días y privado de salida por un mes.

CABO — Muy bien mi capitán.

CAP. — (*ap., retirándose*) ¡Te voy á arreglar compadrón!

MARIO — ¡Paciencia, algún día pasará el tranvía!... (*barre*).

ESCENA TERCERA

Mario y el Cabo Santillán

C. SANT. — (*acercándose á Mario*) Pero, ¿que le ha pasado mocito con el capitán?

MARIO — Nada mi cabo. Es que está acos-

tumbrado á tratar con infelices y creía que yo era uno de ellos.

C. SANT. — Tenga cuidao mocito, ¡éste hombre es muy malo! Es de esos chinos sin entrañas que han ido ascendiendo desde reclutas y que, al verse encumbrados por los galones, van descargando sobre los pobres que tienen que soportarlos, todo el veneno de su vida áspera de hombres sin corazón ni saber.

MARIO — Ya veo que usted no ha de querer mucho al capitán.

C. SANT. — ¡Que esperanza!

MARIO — ¿Y como es que renovó su contrato de enganche hace poco?

C. SANT. — Es cierto, lo he renovado muchas veces. Que quiere amigo, esa es una de las cosas inexplicables en nosotros los enganchados. Ya vé, yo vine aquí como usted: me había insubordinado á mi padre varias veces.

MARIO — Como yo, lo mismo!

C. SANT. — ¡Lo que sufrí al principio!... Día á día, iba contando los que restaban para cumplir mi contrato y recobrar mi libertad...

ESCENA CUARTA

Dichos y Bruto

BRUTO — (*entrando por la derecha*) Con permiso mi cabo.

C. SANT. — ¿Que quiere?

BRUTO — ¿Me da permiso para hablar al sargento?

C. SANT. — Vaya no más.

BRUTO — (*yéndose derecha*) ¡Este escalafón me revienta!

ESCENA QUINTA

Mario y Cabo Santillán

C. SANT. — Bueno amigo, cuando iban faltando pocos días para cumplir mi tiempo los oficiales me convencieron. No tenía porvenir... Y me hicieron creer que aquí lo encontraría. Además, créame, esta vida tan amarga como es, tan dura, hay un momento que se nos llega á hacer casi necesaria y ¿sabe por qué?...

MARIO — No.

C. SANT. — Porque aquí todo parece que respirara á Patria. Porque parece también que todo cuanto hacemos, que todo cuanto sufrimos es por ella, y créame, el que empieza á amar á la Patria y va dentrando en su cariño, es como si amara á una mujer: no la larga aunque sea ingrata.

MARIO — ¡Es curioso!

C. SANT. — Si, motico, y hágame caso. Soporte todo con resignación. Un año pronto pasa. Ya vé, yo hace catorce y parece que fuera ayer. (*levantándose*) Bueno, yo me voy, luego cuando no esté el capitán, le mandaré un soldado para que lo ayude.

MARIO — Gracias, mi cabo.

C. SANT. — ¡Ah, me olvidaba! Esta carta había en el detall para Vd.

MARIO — ¿Para mí?... ¿De quién sera?...

C. SANT. — Será de su tata.

MARIO — No creo. ¡Ah, ya sé, es de un amigo!...

C. SANT. — Bueno, lo dejo ¡Hasta luego! (*váse*).

MARIO — (*rompiendo el sobre*) ¡Hasta luego mi cabo! (*leyendo*) ¡Es de Emilio! ¿Que me dirá?... “Querido Alberto: Te ruego ante todo me disculpes el no haberte escrito antes, pues fué debido á que me he hallado muy ocupado. Ayer estuve con tu viejo y le pedí que te perdonara. Está muy *cabrero* y dice que será inflexible contigo. ¡Te acompaño en el sentimiento!... A Ricardo le *encanaron* porque le encajó un botellazo á un botón. Siente mucho que vos no estés aquí para sacarlo pues lo menos tiene para tres meses de cana”... ¡Ah sí, para ésto se acuerdan!... (*sigue leyendo*) “No quiero darte la lata porque”... ¡Bah; puras paradas, nada de interés. ¡Ah, no!... aquí hay algo. (*lee*) “Postdata. Me olvidaba decirte que tu papá piensa ir á verte mañana” (*guardando la carta*) ¡Eh!... ¡mi padre aquí! ¡Esto si no lo esperaba! En fin, barreré para distraerme y no enfurecer más al capitán. (*barre*).

ESCENA SEXTA

Mario, el capitán, Bruto y luego el Cabo Santillán

CAP. — (*viniendo de la derecha y aparte*). ¡Ya empezó á doblegarse!... (*se pasea*);

BRUTO — (*viniendo derecha*) Con permiso mi capitán. (*se cuadra ante él*).

BRUTO — Con la vénia correspondiente, deseo pedirle una cosa, mi capitán.

CAP. — ¿Que es lo que quiere?

BRUTO — Se lo voy á decir al oído.

CAP. — No señor, el soldado no debe hablar nunca en secreto: todo debe decirlo en alta voz.

BRUTO — Es que tengo vergüenza.

CAP. — El soldado no debe tener vergüenza.

BRUTO — ¿Entonces debe ser sinvergüenza?... Recién lo sé.

CAP. — No es eso lo que quiero decir, bruto.
BRUTO — ¡Pucha, como se acuerda de mi nombre!

CAP. — ¿Que es lo que quiere?... ¡Pronto!

BRUTO — Es que no me atrevo...

CAP. — Atrévase de una vez ó cree que voy á estar perdiendo tiempo con sus paradas.

BRUTO — Bueno, ¿me dá permiso para ir al escusado?

CAP. — ¡Eh!... ¿Y para eso me detiene Vd? (*llamando*) ¡Cabo de cuarto!

BRUTO — ¡Zás!... ¡me vá á mandar fusilar!

C. SANT. — (*cuadrándose*) Ordene mi capitán.

CAP. — Cuatro horas de plantón á este soldado por imbécil.

BRUTO — Gracias.

CAP. — ¿De qué las dá animal?

BRUTO — Por lo bueno que es usted: yo creía que me iba á hacer pegar cuatro tiros.

CAP. — Era lo que merecías. (*va á retirarse*).

C. SANT. — (*deteniéndolo*) Con permiso capitán, ¿debe cumplirlas ahora las cuatro horas?

CAP. — Sí, enseguida. (*váse derecha*).

C. SANT. — Muy bien mi capitán. A ver, soldado Gil, sígame á la guardia.

BRUTO — ¿Donde es eso?

C. SANT. — Sígame hombre y no sea tan preguntón.

BRUTO — Y dígame cabo, al fin y al cabo, yo no acabo de comprender por que me acaban de castigar.

C. SANT. — Le habrá faltado al capitán Cabo.

BRUTO — No cabo, como yo quería ir, sabe, al escusado, recorrí todo el escalafón para pedirle permiso al capitán y cuando se lo pedí, zás, se puso cobreiroá y me llamó de todo.

C. SANT. — Y con mucha razón, para esas cosas no se molestan á los superiores.

BRUTO — Al cabo comprendí. Vámonos cabo porque acabo de darme cuenta.

C. SANT. — Bueno acabe de macanear de una vez.

BRUTO — Ya he terminado. Ah, pero permítame una sonrisa, ¿puedo ir ó no puedo ir?

C. SANT. — ¿A donde?

BRUTO — Donde le dije...

C. SANT. — No señor, ahora tiene que cumplir el castigo.

BRUTO — No voy á poder mi sargento...

C. SANT. — No soy más que cabo...

BRUTO — Yo lo ascendí para ver si me

dejaba.

C. SANT. — ¡No hombre, sigamé!

BRUTO — ¡Está bueno, ya me estoy poniendo cabreiroa!

C. SANT. — (*acercándose á la guardia*) A ver, un número!

ESCENA SEPTIMA

Mario, Bruto, Cabo Santillán y Soldado I.

SOLD. I. — (*saliendo de la guardia*) ¡Ordene mi cabo!

C. SANT. — Armese y venga á cuidar al soldado Gil, que está castigado con cuatro horas de plantón.

SOLD. I. — Muy bien mi cabo. (*váse hacia la guardia y al rato, vuelve armado con un mauser á cumplir la orden*).

C. SANT. — A er usted, póngase firme.

BRUTO — ¡Qué!... ¡Voy á estar cuatro horas parado aquí?

C. SANT. — Natural.

BRUTO — No, eso no es natural, lo natural sería que estuviese sentado. Yo no juego así, me voy á mi casa.

C. SANT. — ¡Firme le mando!

BRUTO — ¡Por qué no me hace traer una silla ó un banco?... Para Vd. es lo mismo.

C. SANT. — ¡Cállese!

BRUTO — Entonces...

C. SANT. — (*grit.*) ¡Cállese le he ordenado!... Vea soldado, en cuanto abra la boca, me le pega un eulatazo.

SOLD. I. — ¡Muy bien mi cabo! (*váse el cabo*).

ESCENA OCTÁVA

Mario, Bruto, Soldado I., El capitán y el comisario

CAP. — (*viniendo de la derecha con el comisario*) Allí está, véalo usted.

COM. — ¡Cómo!... ¡Barriendo?...

CAP. — Sí señor, me ha faltado y lo he castigado.

COM. — Muy bien hecho, eso es lo que yo quiero.

CAP. Es cierto que lo había tratado con alguna dureza, pero créame Don Luis, que ignoraba que era su hijo.

COM. — Ni debía haberlo sabido nunca. Tal vez en lo sucesivo lo tratará usted con más suavidad y eso es lo que yo no quiero, pues creo que el buen militar debe ser como el buen

comisario: debe castigar de acuerdo, con la falta y no la condición del delincuente...

CAP. — Sin embargo...

COM. — Bueno, dejemos eso.

CAP. — Es cierto, voy á llamar á su hijo.

COM. — No, déjelo nomás, me complace verlo así. Créame, es la primera vez en la vida que lo veo hacer algo.

MARIO — (*ap.*) ¡Se están burlando de mí! Me dan ganas de llorar.

BRUTO — La pucha, el comisario, ¿qué vendrá á hacer?... Diga, ¿como le vá?...

SOLD. I. — ¡Cállese!

BRUTO — ¿No vé que lo conozco?...

COM. — Hágalo acercar capitán.

CAP. — Como nó. (*llamando*) ¡Soldado Perales!

MARIO — (*acercándose y cuadrándose*) ¡Ordene mi capitán!

CAP. — Deje la escoba y acérquese que su padre lo desea hablar.

MARIO — ¡Muy bien mi capitán! (*deja la escoba*)

CAP. — (*al comisario*) Lo dejo á solas con él, así se entenderán mejor (*vase der.*)

MARIO — Buenas tardes papá.

COM. — ¿Que tal?... ¿Cómo te encuentras?

MARIO — Bien... regular...

COM. — ¿Que es eso?... ¿Te habían puesto á barrer el cuartel?... No servís tal vez para otra cosa.

MARIO — Sí padre, pero...

COM. — ¿Pero qué?...

MARIO — Nada, que le he faltado al capitán y me ha castigado.

COM. — Ah, sí... ¡está bueno!... Es decir que....

MARIO — Ya sé lo que vá á decirme... Tal vez no tuviera razón: ¡el capitán es un canalla!

COM. — Cuidado, mirá que si te oye...

MARIO — ¡Que me importa!... ¡Ya estoy harto de todo esto!... (*suplicante*) Ya me ha castigado usted bastante padre; haga que yo salga de aquí. Se lo pido... se lo pido por mi madre.

COM. — No es posible.

MARIO — Vea papá, éste no es el remedio para curar mi mal. A la fiera hay que domesticarla de chica, porque de grande no es posible padre. No haga que yo me pierda...

COM. — ¿Que quieres decir?

MARIO — Que á los leones es inútil encerrarlos entre rejas, que es inútil querer atarlos con cadenas, porque llega el día que se embavecen y rompen rejas y cadenas por buscar

la libertad... ó la muerte. Yo me conozco papá; haga que yo salga de aquí cuanto antes.

COM. — Imposible; me has faltado delante de mis inferiores, aún más, me has desafiado y esas faltas debes purgarlas aquí, donde te rebajarán el orgullo á fuerza de humillaciones.

MARIO — Comprenda usted que yo estaba borracho...

COM. — Mejor, así no volverás á emborracharte... Y ahora, no tengo nada más que hablar contigo. Supongo que no te faltará nada...

MARIO — Si padre, la libertad.

COM. — ¡Aprende á reconquistarla!... ¡Adios!

MARIO — ¡Padre!...

COM. — (yéndose hacia la guardia) ¡Es inútil!

MARIO — (sentándose en el banco, desalentado). ¡Es verdad, es inútil!

CAP. — (saliendo al encuentro del comisario). ¿Y?...

COM. — Está lo mismo. Duplique su severidad.

CAP. — ¡Pierda cuidado! (acompaña al comisario hasta la puerta que dá á la calle quedándose allí un momento con él).

BRUTO — ¡Oh!... ¡yo no puedo más!... (vá á disparar, pero el soldado le apunta).

SOLD. I. — ¿Donde vá?

BRUTO — Sígame si quiere saber.

SOLD. I. — ¡Firme ahí!...

BRUTO — Bueno, baje el aparato.

(El capitán se despide del comisario que se vá).

ESCENA NOVENA

Dichos, menos el comisario

MARIO — (tirando con rabia la escoba)
¡No, ya no soporto más!...

CAP. — (viendo la actitud de Mario) ¿Que significa éso?

MARIO — Que me insubordino y que ya que mi padre quiere privarme de la libertad á toda costa, á toda costa también, trataré de reconquistarla.

CAP. — ¡Eh!... (llamando) ¡Cabo!

MARIO — Cabo... Vds. son los que recurren á los cabos cuando se ven en peligro. ¡Canallas!...

CAP. — ¿Yo?... ¡Tomá!... (dá un fuerte bofetón á Mario).

Mario, enseguido por la ofensa, se vuelve rápidamente y tomando el sable que ha quedado sobre el banco, descarga un feroz sablazo sobre la cabeza del capitán que cae.

ESCENA ULTIMA

Dichos, Cabo Santillán y soldados de guardia

CABO — (saliendo de la guardia) ¡Ordene mi capitán! (viendo el cuadro) ¡Eh!... (llamando) ¡Aquí la guardia!

MARIO — (mirando con desprecio al caído) No, no has de morir, los malos como vos son los que duran. He querido señalarte solamente, para que siempre te acuerdes que en medio de tantos rebaños de hombres mansos como corderos, encontraste un día un león!

CABO — ¡Entréguese mocito!

MARIO — (tirando el sable) Si mi cabo, no crea que voy á pelearlo. ¡Ya he hecho bastante!... (sentenciosamente). ¡¡El león quiere la libertad ó... la muerte!! (lo prenden)

BRUTO — (que se ha parado sobre un banco para dominar mejor la escena) ¡A este sí que le pegan cuatro tiros!

TELON



KIOSKO

AVENIDA DE MAYO Y SALTA
DE

F. Hostench y Cia.

Agentes de suscripciones á todas clases de Revistas
Extranjeras y del País

GRAN SURTIDO DE OBRAS TEATRALES

Todas las semanas grandes novedades

Se remiten pedidos para la Ciudad y Campaña siempre que los pedidos vengan acompañados de su importe en estampilla de correo ó giro de facil cobro

Reservado para avisos recomendados

CUADRO COMICO DRAMATICO

"Anselmo Fernandez"

Este Cuadro dará una **GRAN FUNCION y BAILE de GALA** en el Salón-Teatro "XX de Septiembre", el 10 de Diciembre de 1910, poniendo en escena e drama en tres actos y un prólogo, de **JOSÉ ECHEGARAY** titulado

EL GRAN GALEOTO

y la comedia dramática

AMOR CIEGO

DISPONIBLE

Para los pedidos del Número Extraordinario que aparecerá el 1º de Enero de 1910, dirigirse en la Administración

KIOSKO .. AVENIDA DE MAYO Y SALTA